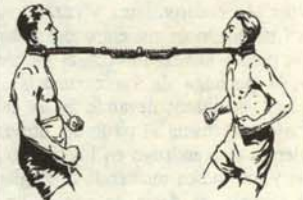


Una nueva ventura que recibe el público en general de la magnanimidad de los comerciantes. Como la cosa de la apertura ya es un hecho, algunos comerciantes avisados han lanzado al mercado algunos instrumentos que preparen a unos y a otros para los diálogos constructivos que se producirán próximamente. He aquí algunas piezas de su muestrario.



YO tenía un pájaro. Le daba vitaminas por la mañana y por la tarde le ponía música de Bach. Le adiestraba respecto a algunas notas. «Bach no es romántico», le decía. «No te dejes llevar por el sentimiento». Algunas veces llevaba a mi casa a don Enrique Franco o a don Federico Sopena, para que le hiciesen la crítica. Le consiguieron una beca para estudiar con Yehudi Menuhin, que me dijo: «Su canario tiene un stradivarius en la garganta». Se diría que mi pájaro hubiese brotado de un «fa» sostenido de Montserrat Caballé. (Oh, qué bonito.) Un día le abrí la jaula, y él interrumpió bruscamente la cantata y huyó. Empecé a llorar, como Luscinda, para que se cumpliera el epifonema aquel de «¡Qué tanto puede una mujer que llora!», y volvíese a la jaula. Pero el miserable Jaime no volvió. Es que se llamaba Jaime, por lo de Jaime bágame la jaula. Me dije: «Tal vez se haya olvidado de Bach



HISTORIA DE UN BUEN PAJARO

y haya formado un conjunto "pop", o "folk", o vaya usted a saber». Nada de eso. Mi Jaime se hizo político. Había oído que era necesaria una política de altitudes, una política con alas. «Pues aquí estoy yo», se dijo. «Por alas que no quede». Dudó entre ingresar en los Tácito, en los Desiderio, en los Garrigues, en los ex combatientes, en los Camuñas, en

los blasfemistas, o, lisa y llanamente, hacerse masón, ahora que los masones han sido perdonados por el Vaticano. El caso es que fundó una asociación y llegó a ministro. Le llamaban pico de oro, sin metáfora. «Elevemos nuestros corazones», decía, y, efectivamente, volaba sobre las masas. Nunca la política llegó a una altura tal. Había que verlo elevarse sobre los intereses rastreros, sobre las pequeñas ambiciones, siempre hacia arriba, siempre hacia arriba. «Hacia las estrellas», incitaba al país. Muchos lo intentaron, pero se rompieron la cabeza, otros quedaron tullidos. «Encaminémonos a la cima de nuestra grandeza», tronaba (digo trinaba) el ministro. Pero se pasó. Tuvo que dimitir. Ha vuelto a la jaula Jaime, y ha olvidado a Bach. Ahora canta solamente «Soy un pobre pajarillo». Pero fue ministro, eso no se lo quita nadie. Le han dado la de Carlos III, y eso consuela. Digo yo. ■ ALBERTINA.